

El joven escritor boliviano Maximiliano Barrientos consigue crear en sus libros una atmósfera cargada de suave melancolía, con un lenguaje propio muy visual y un estilo liviano y original

Fotos de días felices

Novela

POR ENRIQUE BENÍTEZ

■ Cualquier juntaletras que se precie tiene la tentación o el proyecto o quizás la necesidad de escribir o perpetrar un libro. Si es posible una novela. Hay que distinguirse, apostar por la gran obra que nadie ha escrito antes. En mi caso, ya tenía el título, *Fotos de días felices*, y un atisbo de argumento o cimiento argumental: una indagación en la psicología de los vecinos de un edificio, una penetración incisiva y melancólica en sus vidas presentes a través del pasado, rescatado éste a partir de las fotos atoradas en las viviendas, en los álbumes, fotos casi siempre de días felices, de viajes, de vacaciones, de bodas, de fiestas y reuniones familiares, retratos de momentos mejores que recuerdan lo vivido y sólo a veces amenazan el presente y edulcoran el porvenir.

La idea no era del todo original. Se basaba en un extraordinario documental de Televisión Española que reconstruía la vida de una anciana muerta por el frío en un portal de Madrid, de ese Madrid infame de gentes sin hogar, sin comida ni esperanza. Una mujer ya mayor muere sola y abandonada, y las pesquisas conducen a un pasado lleno de esplendor y de fama, a una vida de lucha y triunfo —la fallecida había sido una de las primeras mujeres rejonadoras de España, si no la primera—, que incluso había ocupado su correspondiente espacio en los periódicos de la época, allá por los años cincuenta del siglo pasado.

Hay pasado. Hay presente. En el libro de Maximiliano Barrientos, un libro de relatos, las fotos del presente de una pandilla de jóvenes de apenas veinte años anticipan su futuro incierto. Fotos que recogen momentos evanescentes, amores líquidos, dudas, preguntas, inquietudes. Son fotos habladas, cuadros que reflejan el lento discurrir de unas vidas anodinas, aburridas, carentes de emociones y autenticidad. Rutina, inercia. Apenas nada. El relato que da título al libro es, precisamente, *Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer*.

Maximiliano Barrientos llega a España recomendado por su paisano Edmundo Paz Soldán. Maximiliano es de Santa Cruz, esa región boliviana discolpa y rica que luchó por



MAXIMILIANO BARRIENTOS
Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer
▶ EDITORIAL PERIFÉRICA. 16,50 €.

La desilusión y la vida perdida

▶ *Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer* trata sobre la pérdida y sobre aquello que la rodea, ese proceso siempre de difícil reconstrucción que llega una vez que la vida que se quiso tener no fue posible. Estas hermosas y melancólicas historias conectadas entre sí tratan, a su manera, de todas las desilusiones sutiles —y las sorpresas— que implica dejar de ser joven y ser consciente al fin de que se está dejando de serlo.

En los personajes de Barrientos, el presente se construye como una huida del pasado, pero también como una proyección de un futuro ya escrito

su autonomía y cuya bandera es idéntica a la bandera de Andalucía. Paz Soldán es de Cochabamba, una zona diferente. En las fotos de ambos que ilustran las solapas de sus libros vemos que se parecen, claritos de piel, finos, elegantes, educados. Y sin embargo sus estilos son muy diferentes, liviano el de Barrientos, duro y sin concesiones el de Paz Soldán.

Hay también una novela. Se llama *Hotel*. Un actor y una actriz de cine porno huyen de sus vidas pasadas junta a la hija, aún niña, de la mujer. De nuevo el presente y el pasado, vidas ancladas, personas sin escapatoria. No hay salida. La historia se repite. Estamos condenados. Hagamos lo que hagamos, el camino ya está decidido.

La novela y los relatos de Maximiliano Barrientos aportan originalidad y frescura. Sus recursos narrativos —viajes en el tiempo,



El escritor boliviano Maximiliano Barrientos, a la izquierda.

del presente al futuro anticipado y desconocido— son novedosos y muy efectivos. Su retrato de una generación perdida que deambula por la vida sin rumbo ni ganas de tenerlo es pulcro y cruel. Quizás muchos jóvenes puedan ver sus vidas ligeras, sus días sin huella en estas páginas memorables.

En los personajes de Barrientos, el presente se construye como una huida del pasado, pero también como una proyección de un futuro ya escrito aunque desconocido. Es una prosa determinista. Y el estilo de frases cortas y de creación de estampas puntuales, de párrafos visuales, concede al resultado una eficacia descriptiva profunda e intensa. Sus historias podrían contarse a través de fotografías, de imágenes, de impresiones.

Cada uno de nosotros conserva en su memoria su propio álbum recopilatorio de su vida. Es un banco de imágenes inédito, imposible de compartir. Secreto, inaccesible para cualquier otro. Un banco de imágenes único, personal e intransferible.

Pocas veces recurrimos a las fotos del pasado. Nos gusta enseñarlas cuando aún son recientes, cuando permanece el buen sabor de lo que estamos mostrando. Nos gustan las fotos cuando hay nitidez en el pa-

sado que enseñan. La felicidad aún no ha tenido tiempo de desteñir, de perder color, intensidad. Pero llega un día en el que rescatamos las fotos por otros motivos. Para repasar nuestra vida. Para recordar a quienes perdimos. Para echar un vistazo al pasado. Para ilustrar a familiares más jóvenes, sobre todo niños, de lo que fuimos. Las fotos, con su pasado traído al presente, nos asaltan.

Muchos de aquellos días felices ya no volverán. Aquellos momentos dieron paso a otros de profunda tristeza. Hay esperanzas truncadas. Metas no conseguidas. Fracasos. Rechazos. Desamor. Hay personas importantes en nuestras vidas que ni siquiera están en las fotos, personas a las que quisimos tanto que ahora nos arrepentimos de no haber tenido la valentía de conservar. Amores furtivos y prohibidos. Amores que dejaron huella en nuestros rostros, en nuestras almas. Amores ahora invisibles.

Las fotos de los días felices, cuando envejecemos, delatan todas nuestras miserias, todas nuestras grandezas. Repasan nuestra vida, nos dan una idea de lo que hemos vivido. Quizás deberíamos quemar todas las fotos. Incendiar nuestro pasado a veces puede ser la única forma de sobrevivir al presente.